

EL TOMISMO O LA ACEPTACION SINCERA DE LA VERDAD

1. - Ordenación de la inteligencia a la verdad

La inteligencia está ordenada a la verdad. Su actividad está esencialmente constituida como una de-velación del ser o verdad trascendente. Este ser o verdad es el objeto formal, "lo que primeramente y como tal aprehende el acto de entender". Por eso mismo, este ser o verdad trascendente determina específicamente a la inteligencia. Sin este objeto formal, la actividad intelectual pierde todo sentido y se diluye en lo impensable y en lo absurdo. ¿Qué significa, en efecto, un pensamiento sin un objeto -ser o verdad- entendido? Cada acto de entender es éste o aquél por el objeto distinto entendido, por esta o aquella verdad que la especifica y le da sentido. Pero, por debajo de cada objeto específico particular -esta o aquella verdad- que determina cada acto de la inteligencia, es el ser o verdad, que especifica necesariamente a la inteligencia. Si ésta puede aprehender este o aquél ser o verdad, es porque está esencialmente especificada y ordenada a de-velar y a aprehender el ser o verdad como tal.

2. - Irreductibilidad y trascendencia del ser del objeto frente al ser del sujeto

Ahora bien, este ser o verdad que determina y da sentido a la vida de la inteligencia, se presenta en la conciencia como trascendente o realmente distinto del acto de entender. Está presente en él, se identifica con él, pero sólo intencionalmente como un ob-jectum o algo puesto delante o distinto del sujeto. Sujeto y objeto están identificados en un solo acto de entender: en forma polarizada o intencional de sujeto y objeto, en sí mismos realmente distintos.

El ser o verdad trascendente penetra en la interioridad de la conciencia, está él mismo presente e identificado con el sujeto en el único acto de entender, inmaterial o intencionalmente, pero presente como irreductible al sujeto, como otro o trans-subjetivo a dicho acto. En otros términos, en esta realidad del conocimiento, principalmente en el intelectual -realidad distinta de todas las realidades materiales y única por su naturaleza inmaterial- está presente o identificada con él como realidad objetiva, algo más que el propio acto, el ser del objeto, irreductible a él, es decir trascendente y realmente distinto de él.

3. - La vida de la inteligencia estructurada y determinada enteramente por la luz de la inteligibilidad o verdad del ser trascendente

Si la inteligencia está ordenada a la verdad o ser trascendente, es claro que toda su vida está organizada desde la luz de la inteligibilidad o verdad de dicho ser.

Sus pasos de sucesivos sondeos y de-velaciones de facetas del ser por conceptos, son integrados luego en la realidad concreta mediante el juicio, para finalmente, con el raciocinio iluminar ese ser en sus exigencias ontológicas, que lo justifican o dan razón de ser del mismo -principios y causas- y en la proyección de sus propiedades y exigencias de realización sobre la libertad humana, formuladas en normas éticas.

Todo el ámbito de la vida de la inteligencia, cuando se desarrolla únicamente bajo la luz de la evidencia o manifestación inmediata de la inteligibilidad o verdad y de sus exigencias, está determinado, articulado, sostenido y nutrido por el ser trascendente. Lo que la inteligencia expresa es siempre el ser bajo algunos de sus aspectos y manifestaciones.

El modo con que ella la expresa y del que se vale para penetrar, desentrañar y poner en la luz de la evidencia la verdad o ser oculto en las cosas, sólo existe en su interioridad mental, pero en manera alguna afecta a la verdad aprehendida, a la objetividad del ser trascendente presente en su acto, ni tampoco se expresa en la formulación del objeto. El modo de aprehensión de la verdad conocida, permanece oculto en el acto intelectual, y sólo por una reflexión sobre él, que lo toma como objeto -secunda intentio- es develado en su naturaleza de instrumento lógico necesario para la aprehensión sucesiva de los aspectos, causas, propiedades y demás

exigencias del ser trascendente. Tales son el concepto, el juicio y el raciocinio, de los que se vale la inteligencia, como de otros tantos medios o instrumentos lógicos, para poder de-velar y penetrar en la verdad del ser trascendente.

De más está decir que esta articulación permanente de la mente con el ser trans-subjetivo, que esta vida intelectual iluminada sin cesar por la inteligibilidad o verdad del ser trascendente, supone una vigilancia ascética del hombre y del filósofo para no adelantar en el desarrollo de sus actos sino bajo la evidencia o manifestación inmediata de esa verdad ontológica trascendente y sólo bajo ella. Porque si otros factores ajenos a la verdad evidente del ser -interés, pasión, etc.- mueven a la mente a la afición de algo como verdad -o a la negación de lo contrario- o a buscar razones en favor de una determinada tesis en el raciocinio, la inteligencia puede entonces equivocarse y caer en el error: en afirmar que es lo que realmente no es y viceversa.

Pero si la inteligencia bajo la fuerza de la voluntad libre y virtuosa, permanece fiel a su objeto, la verdad trascendente, sólo se mueve y determina por la evidencia inmediatamente manifestada de esta verdad, entonces no puede errar.

Muchas veces la inteligencia no puede ver con claridad la verdad, no logra la evidencia de la misma ni el consiguiente estado de seguridad o certeza en su posesión. En tal caso, no debe precipitarse en la afirmación o negación y mantenerse en la prudente opinión, que afirma un enunciado de verdad, sin excluir el probable error.

4. - El valor perenne del tomismo, fundado en su fidelidad al ser o verdad trascendente

El valor perenne del tomismo procede de esta fidelidad y sometimiento a la verdad y a sus exigencias. El tomismo es un intelectualismo o esfuerzo por hacer penetrar la inteligencia en el ser y articularla en él, de no adelantar un solo paso si no es guiada por la luz inteligible de la verdad del ser trascendente, y desde él, y siempre bajo su luz, buscar de-velar sus principios y causas y determinar sus propiedades y exigencias que le dan justificación o razón de ser y explicitan su contenido ontológico.

De ahí la perennidad del tomismo. No depende de la situación histórica ni de otros elementos subjetivos. Su sistema intelectualista no está elaborado apriori desde la interioridad subjetiva ni por motivos ajenos a la verdad misma, sino que es la resultante de la verdad del ser con todas sus exigencias y proyecciones, que penetra e ilumina la mente desde la trascendencia. El sistema tomista es una aprehensión y expresión intelectual del ser tal cual él es y se manifiesta inmediatamente a la inteligencia, en sí mismo y en sus implicancias, antecedentes y consecuentes. Las exigencias del raciocinio están sustentadas y son la expresión de las exigencias ontológicas.

De aquí que el tomista de cualquier época pueda perfeccionar el sistema no sólo por una mayor penetración de sus conceptos, juicios y raciocinios y de su formulación, sino también por una más honda penetración en la verdad ya adquirida. La incommensurabilidad e inagotabilidad de su objeto, el ser, permiten al tomista auténtico, un perfeccionamiento sin pausa del sistema. Siempre habrá nuevos aspectos de la verdad trascendente, siempre habrá maneras de ahondar en la verdad ya conocida, siempre se podrá ampliar el ámbito de las causas y de las exigencias ontológicas del ser, siempre habrá algo nuevo que de-velar en la realidad circundante y en sus principios y siempre habrá una manera nueva y más precisa de formular la verdad conocida. Esta perfectibilidad del sistema con el acrecentamiento de nuevas verdades o nuevos aspectos asimilados por la inteligencia, se realiza principalmente en aquellos sectores que han sido extendidos e iluminados por la ciencia y la cultura y puestos a disposición de la consideración filosófica.

5. - El tomismo, único caso en la historia de fidelidad entera a la verdad

Tal fidelidad de la inteligencia a su objeto específico, el ser trascendente, y tal fidelidad consiguiente al uso connatural de la inteligencia -de las que brota y se organiza también connaturalmente el sistema- constituyen al tomismo en un único caso en la historia de la filosofía: le permiten permanecer siempre vivo y actual frente a los cambios de los otros sistemas filosóficos.

Los otros autores, corrientes y sistemas, que sin duda han aportado auténticas contribuciones al acervo de la filosofía, en mayor o menor grado dependen: 1) de un punto de partida, casi siempre vinculado, al menos en alguna medida, a alguna actitud no impuesta enteramente por la evidencia del objeto de la inteligencia, y 2) a las

veces, de los presupuestos y prejuicios de otros sistemas, no siempre ajustados íntegramente a la verdad objetiva; y de la situación histórica.

Más aún, los filósofos que tienden a ajustar las afirmaciones de la inteligencia a las exigencias objetivas del ser o verdad trans-subjetivos, en la medida en que lo hacen, se encuentran coincidentes con la filosofía de Santo Tomás, son espiritualmente tomistas. Es el caso de Aristóteles, antes del Aquinate, y del que éste tanto aprovechó. Y también el de E. Husserl, en nuestro tiempo, cuyos análisis fenomenológicos lo aproximan tanto al Aquinate. Esta misma aproximación se podría señalar entre los análisis existenciales de Heidegger y los metafísicos de Santo Tomás. Lo que aleja a ambos filósofos del Aquinate, proviene precisamente de vertientes fenomenológicas inmanentistas, de origen o influencia kantiana.

En cambio, frente a otros sistemas, como el de San Agustín, el tomismo, más que opuesto, se presenta como más desarrollado y ajustado frente a la misma verdad expresada. Más que dos sistemas, se trata de un desarrollo del primero por el segundo.

En el modo de formular sus verdades, el tomismo podrá actualizarse, podrá también avanzar en profundidad y en extensión -aplicarse a nuevas verdades o a nuevos aspectos de la misma- pero en lo que no puede cambiar es en sus principios, precisamente porque están tomados y organizados bajo la luz de la evidencia de la verdad, o ser trascendente mismo.

Esta es la diferencia entre el tomismo y otros sistemas: que mientras éstos, sin desconocerles sus aportes permanentes al desarrollo de la filosofía, como sistemas están ya envejecidos, superados y sin vigencia actual, el tomismo se mantiene siempre vivo y actual en sus tesis fundamentales que lo estructuran.

Esta perennidad del tomismo cabría a cualquier filosofía, que, como él, se articulara con fidelidad sobre la evidencia del ser o verdad trascendente o de sus exigencias ontológicas. Sólo que tal sistema coincidiría substancialmente con él. Porque, digámoslo una vez más, la fuerza y vigencia del tomismo le viene del ser o verdad trascendente, que lo ilumina y determina, o en otros términos de ser un intelectualismo fundado y alimentado en todas sus partes y en su articulación orgánica por la evidencia de la realidad trans-subjetiva, inmaterial o intencionalmente aprehendida.

Sin duda, por esta razón, la Iglesia ha adoptado como norma de los estudios en sus facultades de teología y de filosofía el tomismo, y no otras filosofías, porque aquél expresa esencialmente la verdad trascendente y, por eso, no puede cambiar. Lo cual no sucede con las otras filosofías, al menos en su cuerpo integral de doctrina, que por eso envejecen y quedan atrás en la historia.

El Concilio Vaticano II quiere que los estudiantes de las Universidades Católicas conozcan la filosofía actual; pero con ello no pretende -como algunos equivocadamente han interpretado- que se adopten y se hagan propias tales filosofías. Lo que desea el Concilio es simplemente que los estudiantes estén informados de las corrientes actuales del pensamiento, para poder dialogar con ellas y saber discernir lo que en su contenido hay de verdad y de falsedad.

El mismo Concilio y los Papas -desde León XIII, Pío X hasta Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Paulo VI-, quieren que en estas Universidades los estudios de filosofía y teología estén organizados bajo la luz, los principios y la inspiración de la doctrina de Santo Tomás.

6. - El tomista debe tener conciencia de la vigencia de su sistema y no temer ser tildado de anticuado

Los teólogos y filósofos neomodernistas, enquistados en la Iglesia, han lanzado una ofensiva de descrédito del tomismo, al que tildan de anticuado y superado por la filosofía moderna y contemporánea.

Tales reproches se fundan en una ignorancia del auténtico tomismo y en un conocimiento superficial de los sistemas actuales de filosofía, cuyos errores esenciales -como el inmanentismo- desconocen; cuando no en actitudes inconfesables que pretenden cambiar la doctrina de la Iglesia misma.

Desgraciadamente tales denuestos logran ejercer influencia en no pocos tomistas, que, sin dejar de serlo, llegan como a tener un complejo de inferioridad por ser tales, y presentan su doctrina, a las veces, casi como quien está pidiendo disculpa de ella.

El tomista, que conoce a fondo su doctrina, no ha de tener miedo de estos fútiles insultos, fundados en la ignorancia o en la malicia, y con un sano orgullo de estar en posesión de la verdad, ha de demostrar con vigor todo lo contrario: que sólo es el verdaderamente actualizado, porque es capaz de ofrecer una solución siempre viva y verdadera a los problemas más acuciantes de la filosofía y de la cultura de nuestro tiempo.

Lejos de "complejos", ha de experimentar la gran satisfacción de ser tomista, y presentarse sin miedo para ofrendar una solución verdadera -siempre iluminada por la evidencia de la inteligibilidad del ser trascendente- para cada problema -antiguo o nuevo- que le proponen el mundo y la cultura actuales.

Lo que ha de cuidar el tomista de hoy, eso sí, es lograr una expresión renovada y actual de la verdad perenne, alcanzar una concepción y formulación nueva y comprensible al hombre de hoy, en una palabra trasvasar la verdad de siempre en formulaciones comprensibles al hombre de hoy.

Con esta salvedad, y con esa actitud de humildad y de sometimiento de su inteligencia al ser o verdad trascendente, el tomista ha de tener la conciencia clara del vigor y actualidad perenne de su doctrina, y a la vez, un santo orgullo de estar en posesión de un conjunto de principios orgánicamente sistematizados, con que ofrendar generosamente cabal respuesta a las inquisiciones e inquietantes dudas y problemas del pensamiento y del hombre de nuestro tiempo.

MONS. D^R. OCTAVIO NICOLÁS DERISI